

Índice

Presentación.....	9
31. Jesús cura a unos endemoniados	17
32. La vocación de los apóstoles.....	25
33. El milagro de los panes y de los peces.....	33
34. Jesús y Pedro caminan sobre el agua	39
35. La transfiguración de Jesús	45
36. Marta y María.....	51
37. El buen samaritano	57
38. El hijo pródigo.....	65
39. El rico Epulón.....	71
40. El fariseo y el publicano	77
41. Jesús y la mujer adúltera.....	83
42. La resurrección de Lázaro.....	89
43. Jesús y los niños.....	97
44. Jesús en casa de Simón el leproso	105

31. JESÚS CURA A UNOS ENDEMONIADOS



17

«El poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños -de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física- en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia, que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero “nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman” (Rm 8,28).» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 395)

«El Señor, que ha borrado vuestro pecado y perdonado vuestras faltas, también os protege y os guarda contra las astucias del diablo que os combate, para que el enemigo, que tiene la costumbre de engendrar la falta, no os sorprenda. Quien confía en Dios, no tema al demonio. “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rm 8,31)» (San Ambrosio, sacr. 5,30)

Al llegar a la orilla opuesta, a la región de los gerasenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados, que salían de los sepulcros, tan

furiosos que nadie podía transitar por aquel camino. (Mt 8,28)

En medio de una gran calma, después de la terrible tempestad, divisamos las costas de la región de Gerasa. También la calma reina en nuestros corazones y nos permite meditar en el enorme poder de Jesús. Con su palabra el viento enmudeció y con su imperio el mar se amansó.

Llegamos con el alma henchida de paz y confiando totalmente en Jesús. Varamos la barca sobre la blanca arena de la playa, y nos disponemos a buscar un lugar tranquilo para descansar en compañía del Maestro.

Unos gritos horrorosos rompen nuestra paz. Una especie de aullidos, de bramidos, de voces distorsionadas, amenazadoras, malignas, cargadas de violencia y odio se acercan peligrosamente. Unas voces chillonas que no parecen humanas, por su potencia, por su tortura desenfrenada... Son voces de ultratumba y muerte. Instintivamente nos colocamos detrás de Jesús.

Dos figuras desnudas se acercan a nosotros, con los puños cerrados, en señal de amenaza. Dos hombres cubiertos de mugre, con el pelo y la barba totalmente descuidados, con las uñas

crecidas, con el rostro tenso desfigurado por el horror. Dos individuos que parecen dos salvajes, de una fuerza descomunal. En sus manos y en sus pies llevan grilletes, pero las cadenas que los sujetaban han sido quebradas. Todo el cuerpo sembrado de heridas, lleno de viejas cicatrices, de sangre seca... En sus manos llevan piedras agarradas con fuerza, con las que se golpean el cuerpo, abriendo así nuevas llagas. Al llegar delante de Jesús -que, inmóvil, los mira sin retroceder un ápice e irradiando un gran poder-, se revuelcan por el suelo, se contorsionan y, con la boca sucia por el polvo del camino, se dirigen a Él, sin aventurarse a mirarlo a los ojos.

20 «¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo para atormentarnos?» (Mt 8,29)

Jesús le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» Él dijo: «Legión», porque habían entrado en él muchos demonios. Y le suplicaban que no les ordenase ir al abismo. (Lc 8,30-31)

La voz sale de los dos desgraciados, pero no es suya. El diablo se ha apoderado de ellos, domina su cuerpo, les lastima. Desconozco las causas por las que han caído en tan lamentable estado, pero ahora Jesús está aquí. El Señor con su presencia intimida al diablo y le obliga a retroceder.

Había no lejos de ellos una gran piara de cerdos paciando. Los demonios le suplicaban: «Si nos expulsas, envíanos a la piara de cerdos.» Les respondió: «Id.» Y ellos salieron y entraron en los cerdos. Entonces toda la piara se lanzó corriendo por la pendiente hacia el mar y pereció en el agua. (Mt 8,29-32)

Los demonios eran al principio ángeles de Luz, y por su orgullo se convirtieron en espíritus de oscuridad. Fueron creados para ser felices, pero su soberbia les cegó para el Amor. Sólo odian. Ahora quieren dominar y robar el destino eterno del hombre, pero el Salvador se interpone y se lo impide. El Maestro los envía a los cerdos. La dignidad de una mujer y de un hombre es superior a la de todos los animales del mundo entero juntos.

21

Jesús, defiéndeme, protégame, quita de mi alma todo lo que me ata al diablo, sobre todo el orgullo, la envidia y la mentira... Rompe las cadenas que esclavizan a muchos y no les dejan volar hacia el sol de Dios: la droga, la violencia, la desesperanza, la pereza, el sexo como fin de la vida, el amor al dinero, el alcohol sin freno... ¡Destroza con tu poder mis grilletas y ataduras!

Los porqueros huyeron y, al llegar a la ciudad, contaron todas estas cosas, y lo suce-

didido a los endemoniados. Así que toda la ciudad vino al encuentro de Jesús y, cuando le vieron, le rogaron que se alejara de su región. (Mt 8,33-34)

Prefieren la suerte de dos mil cerdos a la de dos hombres que han recobrado su dignidad y libertad. Prefieren sus ganancias terrenas a sus ganancias celestiales. Los gerasenos salen al encuentro de Jesús y le suplican que se aparte de ellos, que se aleje de su región. No quieren cambiar sus vidas, no aceptan tu dulce presencia, no soportan tu poder y te rechazan, te tienen miedo, a Ti, que eres manso, bueno y humilde.

22 Jesús, muchos no te admiten por ignorancia. Se apartan de Ti porque no te conocen. No se arriesgan a tu amistad por miedo a lo que les puedas pedir. Viven pegados a la tierra y se olvidan de mirar al cielo. Perdóname, porque muchas veces te he rechazado, te he dado la espalda y no he querido oír tu voz. Perdóname. Aparta de mí lo que me aparte de Ti. Aquí estoy para hacer tu Voluntad. Dame fortaleza, para empuñar las armas que me ayudarán a vencer el espíritu del mal:

- El amor a Jesús Eucaristía.
- El amor a María.
- La ayuda de mi ángel custodio.

-El Mandamiento del Amor: «Amaos como Yo os he amado.»

No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien. (Rm 12,21)